

# Leyendas de Veracruz:

## El niño de la Merced

Pilar Caro

Muy pocos recordaban a don Clemente de García, hidalgo de Castilla, ejemplo de la moda en la Villa Rica de la Vera Cruz, allá en el año de 1733, era valiente y arrogante, alegre, derrochador y muy dado a resolver con estocadas cualquier dificultad; no podría compararse con ñor Clemente, un viejo harapiento y miserable que arrastraba los cansados pies por las calles polvosas de la villa. Sin embargo, Don Clemente de García y Radez y ñor Clemente eran... la misma persona.

Pero ñor Clemente no añoraba aquellos tiempos de duelos y saraos, sólo pensaba en la hora en que, guiado por un mal deseo, cometió un crimen atroz.

La dama a quien quería lo rechazaba riendo, le decía: ¿Cómo podría decir a mi niño que soy manceba de don Clemente? ¡Qué vergüenza, cuando mi hijo, ya hombre, pida cuentas de mi pasado! Entonces la rabia consumía a don Clemente a quien nadie había opuesto tanta resistencia a sus hazañas amorosas.

Recuerda el anciano aquella tarde en que encontró al niño en el callejón de la Merced, junto al templo del mismo nombre (después casa comercial de Juan Benito y Hermano. Sucursales). El fuerte calor hacía que estuviese sola la callejuela y el niño aprovechó para pasear a su antojo y atisbar por la muralla a los pescadores que, antes de partir, entraban a la capilla del Santo Cristo del Buen Viaje para encomendarse a Dios.



Al ver al amigo favorito de su madre, el niño corrió a su encuentro, nadie estaba a la vista, la ocasión era propicia, sus manos trémulas aprisionaron el cuello del infante y apretaron, apretaron... luego un crujido espantoso y el cuerpecito sin vida del inocente... después, una rápida carrera al interior del templo y allí, sacrílegamente, arrojó el cadáver del infortunado niño que cayó frente al bautisterio donde meses antes lo habían bautizado.

El crimen quedó impune para la justicia de los hombres pero no para la justicia divina; la mujer aterrorizada, quizá sospechando quién era el asesino, murió llena de remordimientos; la buena suerte que acompañaba a don Clemente desapareció, los amigos se alejaron, en las reuniones a las que se atrevía a asistir estaba solo, las damas huían, poco a poco fue descendiendo los peldaños de la escala social, perdió bienes y fortuna y un día se encontró en la calle sin una pieza de plata en la bolsa. Quiso abandonar la ciudad pero una fuerza misteriosa le obligaba a permanecer allí, y solo con su conciencia, sollozaba y pedía piedad al cielo.

Pasó así largos años, las personas que lo conocieron habían muerto ya pero él seguía vivo. El viejo loco arrastraba los pies, los chiquillos le tiraban piedras, la gente lo insultaba, algún caritativo vecino tiraba a sus pies un trozo de pan duro, ñor Clemente seguía, los perros le ladraban, los hombres lo golpeaban. Nadie tenía compasión de él, sólo el venerable cura del templo de la Merced lo socorría y compartía con él su pan.

Y allá se dirigió ñor Clemente, el templo estaba vacío. A su pesar miró hacia el bautisterio, se acercó, se arrodilló, imploró perdón; él ofreció como expiación no quitarse la vida para pagar con sufrimiento el crimen cometido, pero ya había sufrido bastante. De pronto un resplandor iluminó el bautisterio y el anciano, sorprendido, alzó la cabeza y vio al gracioso niño a quien arrebatará la vida, que sonriendo como un ángel le tomó las manos y lo obligó a levantarse murmurando a su oído palabras de perdón.

Cuando el venerable sacerdote fue a buscar a ñor Clemente, éste yacía sin vida y en su rostro surcado de arrugas, resplandecía una sonrisa de paz. El sacerdote elevó al cielo una plegaria por el alma de aquel pecador a quien le habían sido perdonadas sus culpas.

Se dice que desde entonces en el antiguo templo de la Merced, se aparecía un niño rosado y rubio como un querubín, que con una suave sonrisa confortaba los corazones.

(Versión basada en textos de don José Peña Fentanes y don Francisco Broissin Abdalá)